

La Soga

Modalidad de relato corto
Seudónimo. Minerva X

La noticia medró por las calles del pueblo como rumor en boca de chismoso. Las cuatro hijas de Dorotea, las Miraflores, así denominadas por el siempre adelantado apellido paterno, habían inscrito su nombre como participantes en el concurso de tirasoga que se celebraba puntualmente en las fiestas patronales. Aquel hecho, que no pasaría de mera anécdota, con un grupo de participantes inscribiéndose en una competición rural de arraigada tradición, demudó en una profunda polémica pues, las Miraflores, eran el primer equipo formado exclusivamente por mujeres que deseaba concurrir al torneo.

Aunque en las localidades vecinas se competía en equipos de siete u ocho participantes, la falta de jóvenes en el pueblo había hecho que en los últimos años se redujera el número hasta dejarlo en cinco por equipo. Justamente, el número de hijas que Jacinto, el aladrero, y su esposa, Dorotea, habían criado junto a Fermín, el único varón que descendería de su apellido junto a cinco hermanas mayores que él. Así, cuando Rosario, Elisa, Jimena, Carlota y Cuca, añadieron su participación como Las Miraflores al torneo del año en curso, en el pueblo se encendió una polémica como no se recordaba otra, desde que un grupo de jóvenes —ya no lo eran tanto— hubiera decidido por su cuenta y riesgo, atar el busto Primo de Rivera que presidía la entrada al frontón, y tirar de él, arrastrándolo por los caminos de gravilla, hasta alcanzar el canal de riego de la parcelaria, donde debía estar, hundido en el cenagal del fondo, desde entonces.

La base de dicha polémica era, en realidad, muy simple. Mientras unos no veían problema alguno en que un grupo de mujeres participara en un torneo que, además, en ningún momento delimitaba su participación a aquellos que poseyeran gónadas, otros tantos —los

más, no nos engañemos— se indignaban al afirmar que las damas denigrarían el concurso y la tradición del mismo. Argüían, quienes se posicionaban de ese lado, que las Miraflores, aunque eran mujeres bravas, acostumbradas a lidiar con las reses y las duras labores del campo, no podían competir en brío y fuerza con un equipo formado por hombres. Llenándose la boca de orgullo al decir esto último, no dudaban en sentenciar al afirmar que si se permitía a ese grupo de hermanas participar en el torneo de tirasoga, el pueblo se convertiría en el hazmerreír de la comarca, y no faltarían los chascarrillos de los vecinos sobre la hombría puesta en duda por el torneo, mixto a partir de entonces. En sesenta años de historia de la competición, nunca, ni una sola mujer, había participado en el mismo, ni siquiera como árbitro. Y el hecho de que, a dos semanas vista, esa arcaica y misógina tradición, fuera a romperse por parte de las hermanas Miraflores, despertaba alegría y recelo a partes, si bien no iguales, sí que al menos igual de encendidas.

Rocandio, el alcaldable para las siguientes elecciones, toda vez Ceferino Cifuentes había decidido no presentarse, pues ya había robado lo suficiente como para pasar su senectud de forma plácida, se llegó hasta la tasca de don Silverio, que era quien formalizaba las inscripciones y sufragaba la mayor parte de los gastos del torneo y los trofeos que se entregaban al equipo ganador. Entre los dos se levantó una agria discusión con el bar lleno, pues mientras el alcaldable defendía la postura de restringir el torneo a la participación masculina, Silverio, por su parte, como mecenas y garante de la celebración de la contienda, admitía —y además con orgullo— la participación femenina por primera vez en la historia del torneo, que mediado 1981, celebraba su sexagésimo primera edición. Demasiadas como para que las mozas del pueblo no hubieran participado antes, adaptando, al fin, el torneo a las renovadas tendencias rurales, en las que la mujer debía tomar las riendas que jamás se les debían haber vetado.

La conclusión de la disputa entre el político y el tasquero, que enmudeció el resto de diálogos del establecimiento, no condujo a otra cosa que a la retirada del exiguo patrocinio por parte del consistorio si Rocandio salía elegido, y la determinación del tabernero por continuar por la vereda que había tomado el torneo al inscribirse un equipo femenino, por muchas trabas que se encontrara por parte de hombres como él.

Así, durante las dos semanas que restaban hasta que el disparo del cohete anunciara el inicio de las fiestas del patrón, el pueblo vivió en una tensa calma en la que el torneo de tirasoga era el centro de la mayor parte de las conversaciones y de absolutamente todas

las polémicas. Y quien más promovía la polémica era Simón Calarra, el líder del equipo Los Camioneros, que había resultado campeón en las tres últimas ediciones. De hecho, en el primer torneo en que participaron lo hicieron con el nombre de Los Berberechos. Pero era tal su forma de tirar de la soga, que en el pueblo se decía que parecía que la hubieran amarrado a un tráiler y en su segunda participación ya habían adecuado el nombre del equipo al de su forma de tirar de la soga, para conseguir arrastrar al otro equipo hasta la línea central.

Era Simón un tipo rudo, de espaldas anchas y mirada frontal, como de depredador selvático, que presumía de tirar de arado junto a los bueyes cuando éstos flaqueaban y de ser capaz de recitar el abecedario hasta la uve doble en un único eructo. Aunque bien cierto era que al hacerlo se saltaba un par de letras y otras tantas las ubicaba donde no debía.

Junto a los acólitos que le seguían, acaudillándole, paseaba por el pueblo y las localidades vecinas, afirmando que para él era una deshonra el que las Miraflores se hubieran inscrito en un torneo que, según sus propias palabras, no había ganado prestigio ni belleza con la inscripción de las féminas. Se lamentaba al augurar que las mozas no pasarían del primer envite y que su participación, amén de testimonial, no serviría para otra cosa que no fuera menoscabar la nobleza de un juego tan arraigado en la tradición del pueblo, como era el tirasoga. Incluso, aunque todos sabían que su ego le impediría hacerlo, decía que se había planteado no participar en la presente edición, para no tener que soportar los comentarios de ese año, que ya oteaban. Que si ya podréis contra unas mujeres, que si vaya fácil que os lo han puesto las de la fregona este año, que si las Miraflores habían tirado de la soga o del mocho, que si...que si...que si...

Huelga decir que, mientras los comentarios bufonescos se repetían por un lado, las muestras de apoyo se multiplicaban por otro. No faltaba el día en el que muchas mujeres y algunos hombres —dicho sea de paso— se llegaban hasta la faena de las hermanas para arengarlas y prometerles que estarían ahí, el día del torneo —bien cierto es que nadie esperaba que pasaran del primer día, o mejor dicho, de la primera ronda— para jalearse al primer equipo femenino de la historia de la rural competición.

Las hermanas, comandadas por Rosario, la mayor, agradecían todos y cada uno de los apoyos. Aunque no tanto que lo hicieran en horario de labor, pues la faena se les acumulaba de tantos vecinos que se llegaban hasta las eras o a las cuadras de los puercos,

interrumpiendo el trabajo que estuvieran realizando en ese momento. Lo que nadie sabía era que, cuando finalizaban dichas tareas y se encerraban en las cuadras, no era sino para atar una soga a los yugos de los bueyes y tirar del otro lado como si les fuera la vida en ello.

Así, con una expectación como no se había conocido otra en todos los años de torneo, llegaron las fiestas en honor a San Juan y con ellas la primera jornada de tirasoga. Las fases del mismo obedecían a un régimen de eliminatorias puras y duras. El torneo lo formaban dieciséis equipos de inscripción libre —como bien habían demostrado las hermanas— hasta completar el cupo. Tras hacerlo, en presencia de quien quisiera, celebrándolo en la tasca, el sorteo de emparejamientos ubicó a Las Miraflores en la parte contraria del cuadro a Los Camioneros, lo que hizo que éstos, una vez más acaudillados por Simón Calarra, se congratulasen de no tener que competir contra ellas, pues de hacerlo y haberlas derrotado de un único tirón, corrían el riesgo de ser tildados de abusones, aprovechados o cualquier otro apelativo que no deseaban cargar sobre su hombría.

Las hermanas Miraflores, sus padres y su hermano pequeño, Fermín, soportaban todos los comentarios que se escuchaban en el pueblo con templanza, sumidos en un completo mutismo. Cuando se les aplaudía el gesto y se les agradecía que hubieran roto, aunque fuera de forma simbólica, una de las cadenas que aferraban a las mujeres a costumbres retrógradas y machistas, que debían ser abolidas, las hermanas asentían con la cabeza y respondían con un “gracias” quedo, para después desviar la conversación o sumirse en un denso silencio. El mismo silencio en el que se sumergían cuando los comentarios no eran tan amables, y poco menos que se reían de que trataran de medirse a hombres en una prueba física o hubieran echado por tierra la costumbre enraizada de que solo participasen varones en el torneo.

El pensamiento y la determinación de las hermanas Miraflores trascendía del aplauso o la crítica, para establecerse en lo emocional. Viviendo como vivían, en el medio rural, las cinco hermanas sufrían la sociedad patriarcal, que si bien empezaba a cuestionarse en las grandes ciudades, y no en todas, en los pequeños pueblos de la España rural, cualquier avance en materia de Igualdad o progreso de la mujer, era mirado, mínimo con recelo, máximo con repulsa. Era por eso que las hermanas habían decidido participar en el torneo de tirasoga. Casi no lo habían pensado; mientras tomaban el vermut el domingo en la tasca, habían visto que Silverio había colocado el cartel con los huecos para que los

equipos se apuntasen y, decidida, Cuca, la más pequeña de las hermanas, solo por delante de Fermín, había pedido un bolígrafo a Roberta, la mujer de Silverio, y las había apuntado. Prendiendo así la mecha de la mayor polémica abierta en un lugar donde apenas nada trascendía de lo cotidiano. Sus hermanas habían aceptado el envite de Cuca como un modo de resarcirse de todas las afrentas que soportaban como mujeres jóvenes en un lugar donde, históricamente y aún era así, todo se hacía, modificaba y creaba, en beneficio del varón.

El día de la primera eliminatoria llegó y en la plaza donde se celebraba el torneo, bajo la vigilancia del futuro alcalde, no había un alfiler. Hasta la pequeña villa, alertados por la noticia de la participación, por primera vez, de unas mujeres en el torneo de tirasoga, se llegaron vecinos que habían partido hacía años hacia la capital y una ingente cantidad de representantes de los pueblos de los alrededores. Jamás, en todos los años de celebración del torneo, se había vivido un revuelo como el del año en curso y si así sucedía era, única y exclusivamente, por la participación de las hermanas Miraflores.

A las seis de la tarde, con el nutrido grupo de espectadores bebiendo cerveza en grandes cantidades, para paliar el sofocante calor de finales de junio, Rosario, Elisa, Jimena, Carlota y Cuca agarraron un lado de la sogá mientras, al otro lado del ramal se habían colocado Los del balón, un grupo de exjugadores del equipo de fútbol de la localidad, que ya frisaban la cuarta década.

Silverio, que además de organizador ejercía de árbitro, agarró el centro de la gruesa cuerda y miró a los dos bandos contrincantes, ora a un lado, ora al otro.

—Las reglas son muy sencillas —comenzó a disertar el tasquero—, cada equipo ha de tirar hasta conseguir que el primero de los contrincantes cruce la línea central marcada en el suelo —detalló, señalando la marca trazada con tiza bajo sus pies—. No está permitido emplear ayudas mecánicas y todo aquel que caiga al suelo o suelte la cuerda por cualquier motivo, está descalificado y debe apartarse para que el resto del equipo siga tirando sin él. ¿Entendido? —preguntó a ambos contendientes.

En un lado y otro de la sogá asintieron con la cabeza en silencio, evidenciando la tensión que soportaban ambos bandos en ese instante. Las hermanas Miraflores sabían que estaban siendo evaluadas y que, en caso de producirse una derrota estrepitosa, se convertirían en el blanco de todas las burlas habidas y por haber durante una buena temporada. Al otro lado, Los del balón, sabían que les ocurriría algo similar si no eran capaces de vencer con holgura a las hijas del aladrero.

—Bien, entonces —anunció Silverio—. Preparados...listos...¡Ya! —gritó un segundo antes de que la soga se tensase espontáneamente, elevando una sinuosa nube de polvo en toda su extensión, por no haberse empleado desde el torneo del año anterior.

Quienes habían esperado que ya desde el primer tirón las hermanas cayeran al suelo o tuvieran que ceder al empuje de sus rivales, acercándose a la línea central que significaba la derrota, tuvieron que tragarse sus palabras. Las hermanas tiraban con furia y al mismo compás, al otro lado de la cuerda, los cuarentones exfutbolistas, tenían la impresión de estar enfrentándose a un único rival con diez brazos y otras tantas piernas, capaz de moverlas al unísono, algo fundamental para minimizar esfuerzos en medida de lo posible y no crear vacíos de tensión, que el equipo contrario pudiera emplear para forzar un arreón que acercara a las rivales a la línea de tiza.

En lugar de eso, los que veían como se iba minimizando la distancia entre sus pies y la marca del suelo eran ellos. Las Miraflores tiraban con tanto ímpetu, que sus pies se deslizaban sobre el empedrado de la plaza como si tuvieran las suelas aceitadas. A su alrededor, el público había enmudecido. Nadie esperaba, no ya que las hermanas hubieran bregado con determinación, sino que estuvieran ganando con esa holgura la primera de las eliminatorias. Victoria que se certificó cuando, Rogelio Palomete, el mayor del equipo de Los del balón, se vio obligado a ceder, arrastrando la puntera de sus zapatillas sobre la línea de tiza.

La soga cayó al suelo y las hermanas se abrazaron, mientras el público, tras unos segundos de sorprendente silencio, pues nadie esperaba aquel desenlace, estalló en una sonora ovación, sobre todo por parte del sector femenino. Un sector que, a diferencia de otros años, en los que el torneo de tirasoga no parecía reclamar en exceso su atención, sí que había decidido acudir en masa a la competición actual, para animar a las hermanas que habían derribado de un tirón —valga el símil—, no solo a Los del balón, sino a buena parte de los cimientos sobre los que se vertebraban las tradiciones, históricamente restringidas a los hombres.

En la tasca de Silverio, mientras esperaban el resultado del resto de eliminatorias de las que saldría su rival, las hermanas no pararon de recibir felicitaciones. En los rostros de sus padres y de su hermano pequeño, restallaba en forma de perenne sonrisa el orgullo que sentían por ellas. Mucho más que cuando decidieron llevar entre las cinco las tierras del abuelo materno. Mucho más que cuando habían negado matrimonios de conveniencia,

con algunos solteros con buena dote del pueblo. Mucho más que cuando educaban a Fermín en cómo debía ser un hombre con las mujeres, en una visión totalmente opuesta a la que se fomentaba en el pueblo. Era un orgullo sin ambages, erigido, piedra a piedra, para con quienes se hacían merecedoras de él por el día a día y no por un hecho puntual, como podía ser su participación en el torneo de tirasoga. Tanto sus padres como su hermano Fermín, sabían que detrás de su victoria en el primer duelo del torneo estaban años de brega por ser independientes, sin tener en cuenta su sexo.

La primera victoria puso en alerta tanto a Los Vampiros —un grupo de jóvenes, de la edad de Cuca—, como a Los Rupérez —unos primos, que se llegaban a la población en verano, para poner el pueblo patas arriba con sus aires de urbanitas consentidos—. A pesar de ello, las hermanas vencieron en ambos duelos, si bien no con la, denominémosle sencillez de la primera contienda. Y con cada victoria los aplausos se multiplicaban, los vítores crecían...el orgullo de la sociedad femenina del pueblo se agigantaba. Incluso Rocandio, que había aprovechado el torneo para anunciar su intención de acceder a la alcaldía, había festejado las victorias de las hermanas Miraflores como propias. Aunque no había en el pueblo duda alguna de que se trataba de un populismo barato, con el que intentaba subirse al carro del feminismo creciente alrededor del torneo, con el que pretendía ganarse unos votos, y que olvidaría una vez alcanzada la regencia del consistorio. Poco les importaba ese hecho a las hermanas. Lo que ellas buscaban con su participación en el torneo estaba muy por encima del elogio, y aún más de por la conquista individual.

Cada vez que tiraban de la soga no lo hacían para arredrar al equipo rival. Tiraban de años de tradiciones machistas, de sopa en la mesa y piernas abiertas en la cama. Tiraban de la soga que había amarrado a las mujeres que, silenciadas, veían pasar su vida sin mayor trascendencia que sumar arrugas y desmanes por parte de sus “santos” esposos. Tiraban de la soga que ataba sentimientos furtivos, deseos procrastinados, estudios negados y almohadas húmedas...un sinfín de almohadas húmedas. Tiraban y tiraban de la soga, no para derribar a sus rivales, sino para obligarles a avanzar hacia ellas, tal y como la sociedad precisaba que hicieran. Tiraban y tiraban de la soga. Tirarían de ella hasta alcanzar sus sueños o hasta que se quebrase.

Tras las tres victorias alcanzaron al final que, tal y como era de esperar, se daría contra Los Camioneros, con el ínclito Simón Calarra a la cabeza. Tras las eliminatorias del día

anterior, la ya de por sí expectación por la participación de las hermanas Miraflores había demudado en un acontecimiento a la altura de los mejores partidos de fútbol de la región. Alrededor de la sogá se agolpaba la muchedumbre, que incluso había ocupado el tejado del quiosco de música y trepado a las ramas bajas de los castaños de indias que salpicaban la plaza. Hasta autoridades de pueblos vecinos habían solicitado una silla en la tribuna que Rocandio Solete, previendo el éxito de la inesperada final, había dispuesto frente al claro donde se enfrentarían Las Miraflores contra Los Camioneros.

Así, cuando el reloj de la parroquia estaba presto a desprecintar las campanadas del mediodía, a un lado de la sogá se encontraban las hermanas y al otro, con Simón a la cabeza, los vigentes campeones.

El reloj anunció el inicio de la contienda y la cuerda se tensó. Al contrario que en duelos anteriores, los aplausos, los vítores hacia un lado y otro, y las arengas, no tardaron en producirse. La ventaja iba y venía, tan pronto parecía que las hermanas tomaban cierta superioridad, como que Los Camioneros la recuperaban, inclinando la victoria hacia su lado. Como así, tras unos minutos de dura brega, sucedió.

Súbitamente, como si hubieran cometido el error de no tirar todas a la vez, Simón y sus amigos aprovecharon un momento de relax de las hermanas Miraflores para, de un solo tirón, hacer que cayeran al suelo y lograr que Rosario, la primera de ellas, arrastrara el pie hasta la línea de tiza. Un año más y ya eran cuatro ininterrumpidos, Los Camioneros se alzaban con el torneo de tirasoga de la región.

A pesar de ello empero, en lugar de saltar y brincar, celebrando la victoria, como tenían por costumbre, Simón se acercó, exhausto, a las hermanas, y después de ayudar a Cuca y Carlota a levantarse, les alabó el esfuerzo, encomendándolas a un nuevo encuentro en la final del torneo del año siguiente. Rosario, como hermana mayor, estrechó la mano del capitán del equipo vencedor y en ese momento se produjo el aplauso final, que había enmudecido con la derrota que quienes, sin ninguna duda, habían sido el equipo revelación...y no solo del torneo de tirasoga.

Tras la entrega de trofeos y recibir las felicitaciones de todos los vecinos y visitantes, las hermanas, junto a sus padres y su hermano pequeño, regresaron a casa.

—Os he visto aguantar el tiro de bueyes con más empuje que esos tipos, a mí no me engañáis, habéis perdido adrede —les acusó Fermín, enarcando una ceja.

Las hermanas sonrieron sin dejar de caminar.

—No, hemos ganado —le replicó Carlota.

—¿No has visto a quien animaba la gente? —sumó Elisa.

—Si hubiéramos ganado no hubiésemos conseguido tanto como hemos logrado perdiendo la final —comenzó a explicar, Rosario—. Si Simón hubiera perdido contra nosotras en nuestra primera participación, seguro que hubiera dicho que se habían dejado ganar porque no querían hacer quedar mal a unas mujeres, o vete a saber tú qué bobadas.

—Les hemos hecho darlo todo —anexó Jimena—. ¿Podíamos haber ganado? Quién sabe. Probablemente. Pero hemos ganado mucho más que un torneo de tirasoga. Ahora tenemos el respeto que antes no teníamos, y que trasladaremos más allá de una simple competición. Las cosas en los pueblos funcionan así y ahora se nos respeta. Ganaremos el año que viene —concluyó con absoluto convencimiento.

Habían enfilado el camino que daba hasta su casa, cuando Fermín se detuvo, mientras el resto de su familia seguía caminando, envuelto en ese halo luminoso que alumbra el orgullo sin ambages.

—¿Os habéis dejado ganar o no?!—preguntó, voz en cuello, incapaz de contener una sonrisa nerviosa que le hacía reblar el labio.

Cuca, la hermana más cercana a él en edad giró la cabeza, guiñó un ojo y después siguió caminando. Fermín también lo hizo. Caminó detrás de ellas con satisfacción y orgullo. Sus hermanas habían vencido. Puede que no hubieran ganado el torneo —a su juicio de forma deliberada—, pero no cabía la menor de duda de que en todo lo que había rodeado a su participación, habían salido victoriosas. En todos los años de historia del torneo, nadie había tensado la soga como las Miraflores.